
ESPACIO INTERDISCIPLINAR PARA LAS CIENCIAS Y LA ECOFILOSOFÍA

ALICIA IRENE BUGALLO

1.

La ampliación del campo de reflexión filosófica hacia una filosofía ambiental estuvo acompañada por la incidencia de disciplinas tales como la ecología, teoría de sistemas, cibernética, economía, antropología y sociología. Previo a la aparición de esa ecofilosofía, se había perfilado un ambientalismo científico, generado en los años sesenta del siglo veinte, frente a preocupaciones por la contaminación radioactiva e industrial. Figuras prominentes fueron, por ejemplo, Barry Commoner, fisiólogo de plantas, y Rachel Carson, genetista y ecóloga marina. Commoner participó del *Comité para la Información Nuclear*, 1958, y del *Comité para la Información ambiental*, en 1963. Carson advirtió en *Primavera silenciosa*, 1962, cómo la actividad antrópica estaba produciendo contaminación con DDT, pesticidas clorados, etc., que a su entender se acumularían en los tejidos de plantas y animales, penetrando en las células germinales y alterando el material de la herencia.

La conciencia ambiental se extendió al resto del mundo, consolidando movimientos comprometidos con la tarea de generar alternativas al estilo hegemónico en las sociedades industrializadas. La ecofilosofía, nacida en los años setenta, destaca cómo el problema ambiental revela una crisis profunda del hombre actual, con relación a valores, actitudes culturales y pautas económicas que deberían reconsiderarse seriamente. Si bien exhibe una multiplicidad de tendencias, a menudo disímiles, como la *ecología profunda* o las distintas corrientes dentro de la *ética ambiental*, todas ellas asumen una crítica del antropocentrismo, con matices que abarcan desde el *biocentrismo* radical hasta un *antropocentrismo débil* más moderado.

Además de Carson y Commoner, se destaca la influencia del naturalista Aldo Leopold. Su *Ética de la Tierra* aspiraba a ensanchar los límites de la comunidad de pares para incluir consideraciones morales hacia los suelos, las aguas, las plantas y los animales, o, de una manera colectiva, a la Tierra. Más que acentuar la competencia entre las especies, Leopold destacaba una de las ideas clave de la herencia darwiniana: El origen común de todas ellas y su metáfora del árbol de la vida del que todos florecemos por igual.

Ampliar las consideraciones morales hacia seres no humanos conlleva una crítica al especieísmo humano. Este sería la discriminación moral de

los individuos en razón a la especie a la que pertenecen. Ni el sexo, ni el color de la piel son características relevantes cuando hablamos de derechos básicos y se considera que tampoco debería serlo la especie. Quienes plantean la ampliación de las consideraciones morales sólo a los animales sensibles, como el filósofo Peter Singer, han dado lugar al movimiento *Animal Liberation*. Al menos se acepta que el sufrimiento y sacrificio gratuito de animales es moralmente inaceptable.

Dentro del panorama de la filosofía posmoderna, encontramos la adhesión de Jacques Derrida a estas ideas. En diversas obras en que ha tocado la *cuestión de la animalidad*, Derrida se propuso superar el fonocentrismo y el logocentrismo como criterio para fijar un límite sencillo y oposicional entre el hombre y el animal. El modo en que la filosofía en su conjunto, y en particular desde Descartes, trató la cuestión de la animalidad es un signo mayor del logocentrismo. El cartesianismo describió el lenguaje animal como un sistema de signos, como meras *reacciones* pero no como una *respuesta*. Según Derrida, pensadores como Kant, Heidegger, Habermas, Lévinas, Lacan, tienen casi la misma perspectiva que Descartes.

Estas afirmaciones no provienen sólo de la reflexión filosófica, como por ejemplo de una 'ontología de la diferencia' derrideana, sino que aparecen apoyadas en los avances de las ciencias. La primatología describe de manera positiva y en ocasiones, según Derrida, perturbadora, las formas extremadamente refinadas de organización simbólica que tienen los grandes simios: trabajo de duelo y de sepultura, estructuras familiares, el rehuir al incesto, etc. Pero de todo esto se habla muy poco.

Otra tendencia vigente lleva la extensión de nuestras consideraciones a todos los seres vivos. Se la identifica como *biocentrismo*, y plantea velar por las condiciones de florecimiento y despliegue de animales, vegetales y demás formas de vida. El *biocentrismo* resulta una postura antrópica aunque no antropocéntrica. El filósofo Arne Naess, promotor del *Movimiento Ecología Profunda*, sostiene que, al menos, los seres vivos humanos y no humanos tienen *un tipo de derecho en común*: el derecho a vivir y florecer, a perseverar en su ser. Para los seguidores del movimiento, la especie humana no tendría derecho a interferir, del modo en que lo está haciendo, en tales procesos.

Estas consideraciones no están basadas sólo en una perspectiva metafísica, sino que son acordes con la visión del evolucionismo actual y con sus diferencias frente al evolucionismo darwiniano inicial. *Perseverar en el propio ser* no es lo mismo que luchar por la vida. La *preservación de la existencia* está ligada a la supervivencia física y a la lucha por la supervivencia, que es una condición necesaria pero no suficiente de lo primero. Categorías tales como *lucha por la vida* o *supervivencia del más apto*, propias del evolucionismo darwiniano, deben ser interpretadas en el sentido de la habilidad de los seres para coexistir y cooperar a través de relaciones

complejas, tal como lo muestra el evolucionismo actual, en lugar de significar sólo habilidad para matar, explotar al otro o hacerlo desaparecer.

Es interesante la propuesta de la *biología de la conservación*, introducida por el biólogo Michel Soulé en 1985, con fuertes componentes de estudios de campo y la intencionalidad de la ciencia aplicada. Sus seguidores asocian ciencia con *ecosofía*, aceptando valores y la obligación de actuar. Los axiomas de la *biología de la conservación* —*la evolución es buena, la diversidad es buena*— han sido tomados bajo inspiración de la *ecología profunda*. Su misión es desarrollar herramientas para invertir o mitigar el proceso de deterioro de la biodiversidad. Las áreas silvestres retroceden por el aumento de la población, por lo tanto, hay que pensar estrategias de conservación.

Ha sido importante la restauración biocultural aportada por las ciencias ambientales, ya que la diversidad cultural humana es crucial en los proyectos de conservación; se ha hecho manifiesto que los valores no son universales. Se deberán tomar en consideración elementos intangibles y no cuantificables de la acción y del espíritu humano: La percepción diferente, según las poblaciones y los individuos, del tipo de desarrollo y de la calidad de vida, sus aspiraciones, el sentimiento de pertenecer o la sensación de realizarse.

A partir de la incorporación de conocimientos de antropología, de economía y de sociología, la filosofía ambiental pretende echar luz sobre nociones como *calidad de vida* y *estándar de vida*. Este último se calcula en función de un estado de cosas objetivo. La *calidad de vida*, más ligada a lo que uno siente, antes que a lo que uno debería sentir o a lo que uno posee. Está anclada a las sensaciones, a las vivencias que se ponen de manifiesto ante la particular significación que le da cada sujeto a una situación de hecho objetiva. Ante la misma situación objetiva, en cuanto al *estándar de vida*, puede haber apreciaciones acerca de la *calidad de vida* que tal estándar genera, completamente diferentes, no sólo en el grado sino en el signo.

La introducción de la noción de *desarrollo humano* está abriendo un camino y puede apreciarse en algunos países ricos un deseo de crear condiciones favorables a un incremento de la *calidad de vida* de los pueblos, especialmente con la búsqueda de una *economía de la felicidad* no basada sólo en la riqueza económica.

2.

La filosofía ambiental está proponiendo nuevos estilos de accionar humano. Nos espera un futuro de interdisciplinariedad. ¿Qué se nos propone desear? Entre otras tendencias podemos citar: esforzarse por mantener y aumentar la sensibilidad y apreciación de los bienes que existen en cantidad suficiente para ser disfrutado por todos; apreciar las diferencias étnicas y culturales sin sentir las como amenazas; evitar un estándar de

vida material demasiado diferente y más alto que el necesitado; promover una solidaridad global de estilos de vida; preferir los estilos de vida que sean universalizables, que no sean escandalosamente imposibles de sostener sin injusticia hacia el prójimo u otras especies; proteger los ecosistemas locales, no solamente las formas de vida individuales.

Pero el peso de los hábitos, el temor de lo desconocido, son obstáculos para la transformación de las mentalidades. Los biólogos de la conservación quieren cambiar el modo en que la cultura valora la naturaleza, tratando también de cambiar la cultura de la ciencia misma. Así, mientras el naturalista 'normal' se mantiene neutral, en actitud objetiva y considera que ir más allá de estos parámetros lo aparta de las incumbencias y del perfil apropiado, ciertos biólogos de la conservación no sólo hablan de 'hechos' sino de valores económicos, espirituales, estéticos y se comprometen políticamente en el cuidado de la biodiversidad.

Para Singer y Derrida, a la violencia de siempre hacia ciertos animales se agrega hoy una violencia industrial y científica. Proponen reglamentar las condiciones de cría, la matanza, el tratamiento masivo, etc. Y si bien los animales no pueden formar parte de conceptos como los de ciudadano, de conciencia ligada a la palabra, de sujeto, y demás, no por ello carecen de derecho. Es el mismo concepto de *derecho* lo que deberá ser repensado. Singer ha promovido, en 1993, junto a numerosos científicos tanto de las ciencias naturales como de las sociales, el *Proyecto Gran Simio*, un intento por conseguir el reconocimiento legal de determinados derechos para nuestros parientes más cercanos: los chimpancés, gorilas y orangutanes.

Esto lleva implícito el deseo de que la humanidad revalore el proceso evolutivo mismo que le dio origen, entre muchas otras especies vivas que también ensayan sus propios senderos evolutivos. Obviamente no se trata de renunciar a identificar lo propio del hombre, pero sí de volver a considerar, a la luz de los avances científicos, cuál puede ser el fundamento que justifique hoy el maltrato innecesario hacia seres vivos no humanos, o el descuido que pone en peligro las condiciones mismas de la supervivencia de la vida. Se invita a repensar hasta qué punto es legítimo hacer a las demás especies no humanas todo lo que la humana le hace, en nombre de *lo propio humano*.

La apertura no será necesariamente fácil, y aparece acompañada por momentos por una sensación de desasosiego, aunque también augura una profundización en la comprensión y vivencia del sentido de lo maravilloso de la creación. Por eso la transformación psicológica, por la cual el sujeto no se somete a un designio externo a su sensibilidad, sino que llega por sí mismo a la necesidad de tales cambios, parece apropiada. La clave es la reeducación, esa que está empezando a interpelar al antropocentrismo y al logocentrismo.